



una mirada carente de vida, como si fuera un cuadro
cien años antes escrito, cuya tinta no se había aun secado.
Al lado del registro se distinguían una pluma y un tra-
to.
Al ver entrar al reverendo Hérode, el re-
verendo Jaquemin Hérode se levantó.
—Os aguardaba, dijo. Todo está pronto.
El dean, en efecto, se hallaba en traje de oficio.
Hérode miró á Gilliat.
III.
El reverendo dean añadió:
—Estoy á vuestras órdenes, mi colega.
Y le saludó.

LA PREVISION DE LA ABNEGACION.

En su sala... la izquierda. Era evidente, siguiendo la dirección del rayo
visual del dean, que para él no había allí presente mas
que Hérode. Hérode era el que se levantó y se adelantó.
El dean no comprendía en su estado ni á Dorothea, que

Daban las diez y media cuando entraban en la iglesia.
A causa de la hora, y á causa tambien de la soledad
de la ciudad en aquel dia, la iglesia estaba vacía.

En el fondo sin embargo, cerca de la mesa que, en las
iglesias reformadas, reemplaza al altar, habia tres perso-
nas, que eran el dean, el evangelista y el registrador. El
dean, que era el reverendo Jaquemin Hérode, estaba sen-
tado; el evangelista y el registrador estaban en pie.

Encima de la mesa habia el libro abierto.
Al lado, encima de una credencia, se veía otro libro,
el registro de la parroquia, abierto tambien, en el cual

una mirada atenta hubiera podido notar una página recientemente escrita, cuya tinta no se habia aun secado. Al lado del registro se distinguian una pluma y un tintero.

Al ver entrar al reverendo Ebenezer Caudray, el reverendo Jaquemin Hérode se levantó.

—Os aguardaba, dijo. Todo está pronto.

El dean, en efecto, se hallaba en traje de oficiar.

Ebenezer miró á Gilliatt.

El reverendo dean añadió:

—Estoy á vuestras órdenes, mi colega.

Y le saludó.

Su saludo no se estravió ni hácia la derecha, ni hácia la izquierda. Era evidente, siguiendo la direccion del rayo visual del dean, que para él no habia allí presente mas que Ebenezer. Ebenezer era clergyman y gentleman (1). El dean no comprendia en su saludo ni á Deruchette, que estaba á su lado, ni á Gilliatt, que estaba detrás de él. Habia en su mirada un paréntesis en que Ebenezer era el único admitido. La conservacion de esas distinciones forma parte del buen orden y consolida las sociedades.

El dean repuso con una amenidad graciosamente al-

tiva: —Mi colega, os felicito doblemente. Vuestro tío ha muerto y tomáis mujer; hé aquí pues que sois rico por un lado y por otro feliz. Además, ahora, gracias al buque

(1) Que es como si dijéramos de la aristocracia del clero é hijodalgo.

(N. del T.)

de vapor que se va á restablecer, miss Lethierry es tambien rico, lo que apruebo. Miss Lethierry ha nacido en esta parroquia, y ha verificado la fecha de su nacimiento en el registro. Miss Lethierry es mayor de edad, y se pertenece. Además su tío, que es toda su familia, consiente. Vos quereis casaros inmediatamente á causa de vuestra partida. Lo comprendo, pero siendo este matrimonio de un rector de parroquia, hubiera deseado un poco mas de solemnidad. Abreviaré para complaceros. Lo esencial puede consignarse en el sumario. El acta está ya estendida en el registro que aquí teneis, y no hay ya mas que hacer que firmar. En los términos de la ley y fórmulas establecidas, el matrimonio puede celebrarse inmediatamente despues de la inscripcion. La declaracion requerida por la licencia se ha hecho debidamente. Yo cargo con la responsabilidad de una irregularidad insignificante, cual es la demanda de licencia que hubiera debido registrarse con siete dias de anticipacion; pero me doblo á la necesidad y urgencia de vuestra partida. Sea. Voy á casaros. Mi evangelista será el testigo del esposo; en cuanto al testigo de la esposa...

El dean se volvió hácia Gilliatt.

Gilliatt hizo un movimiento de cabeza.

—No se necesita mas, dijo el dean.

Ebenezer permanecia inmóvil. Deruchette estaba en estásis, petrificada.

El dean continuó:

—Con todo, ahora hay un obstáculo.

Deruchette hizo un movimiento. El dean prosiguió :

—El enviado, aquí presente, de mess Lethierry, enviado que ha pedido por vos la licencia y ha firmado la declaración en el registro, — y con el pulgar de su mano izquierda designó á Gilliatt, lo que le eximia de articular este nombre plebeyo, — el enviado de mess Lethierry me ha dicho esta mañana que mess Lethierry, demasiado ocupado para venir en persona, deseaba que el matrimonio se verificase inmediatamente. Este deseo, expresado verbalmente, no basta. Yo, á causa de las dispensas que hay que otorgar y de la irregularidad cuya responsabilidad asumo, no puedo proceder con tanta ligereza que deje de informarme por mí mismo de la voluntad de mess Lethierry, á no ser que se me muestre su firma. Cualquiera que sea mi buena voluntad, no puedo contentarme con una palabra que se me dice haberse dado. Necesito algo escrito.

—En eso no hay inconveniente, dijo Gilliatt.

Y presentó al reverendo dean un papel.

El dean cogió el papel, echó sobre él una ojeada, pareció omitir la lectura de algunas líneas, sin duda inútiles, y leyó en alta voz:

«...Véte á casa del dean para las dispensas. Deseo que el matrimonio se verifique cuanto antes. Ahora mismo seria lo mejor.»

Dejó el papel encima de la mesa, y prosiguió.

—Firmado Lethierry. Hubiera sido mas respetuoso dirigirme á mí la carta. Pero puesto que se trata de un colega, lo doy todo por bien hecho.

Ebenezer miró de nuevo á Gilliatt. Hay almas que se entienden. Ebenezer adivinaba que habia un fraude, pero no tuvo fuerza para denunciarlo, ni intencion tampoco. Fuese obediencia á un heroismo latente que vislumbraba, fuese aturdimiento de la conciencia por el golpe de felicidad que recibió, no dijo una palabra.

El dean tomó la pluma y, con auxilio del registrador, llenó los blancos de la página escrita en el registro, y luego, con un gesto, invitó á Ebenezer y á Deruchette á acercarse á la mesa.

Empezó la ceremonia.

Fue un momento extraño.

Ebenezer y Deruchette estaban al lado uno de otro delante del ministro. Cualquiera que haya soñado que se ha casado ó que se haya casado en realidad ha experimentado lo que ellos experimentaban.

Gilliatt se hallaba á alguna distancia en la oscuridad de los pilares.

Por la mañana, al levantarse, Deruchette desesperada, pensando en el ataud y en el sudario, se habia vestido de blanco (1). La idea de duelo fue propia para la boda. El traje blanco caracteriza desde luego á una desposada. La tumba es tambien un casamiento.

Un resplandor se desprendia de Deruchette. Nunca habia sido lo que era en aquel instante. Deruchette tenia el defecto de ser tal vez demasiado linda y no bastante

(1) En las islas de la Mancha y en otras muchas partes, el vestido blanco aunque es vestido de boda, es tambien traje de luto.

bella. Su hermosura pecaba por exceso de gracia, si por exceso de gracia se puede pecar. Deruchette en el estado normal, es decir fuera de la pasión y del dolor, era principalmente gentil, como alguna otra vez hemos indicado. La trasfiguración de la joven encantadora es la virgen ideal. Deruchette, engrandecida por el amor y por el sufrimiento, había tenido, permítasenos la palabra, esta anticipación súbita. Tenía el mismo candor con más dignidad, la misma frescura con más perfume. Era una cosa así como una margarita que se convierte en lirio.

Sus mejillas estaban aun humedecidas por el llanto que se había ya secado. Había tal vez una lágrima en algún rincón de su sonrisa. Las lágrimas secadas, vagamente visibles, son un sombrío y dulce adorno á la felicidad.

El dean, en pie junto á la mesa, puso un dedo encima de la Biblia abierta y preguntó en alta voz:

—¿Hay oposición?

Nadie respondió.

—Amen, dijo el dean.

Ebenezer y Deruchette se acercaron un paso más al reverendo Jaquemin Hérode.

El dean dijo:

—Joë Ebenezer Candray, ¿quieres que esa mujer sea tu esposa?

Ebenezer respondió:

—Quiero.

El dean repuso:

—Duranda Deruchette Lethierry, ¿quieres que ese hombre sea tu marido?

Deruchette, cuya alma agonizaba por exceso de alegría como una lámpara que se apaga por tener demasiado aceite, pronunció, ó, por mejor decir, murmuró:

—Quiero.

Entonces, siguiendo el bello rito del matrimonio anglicano, el dean miró alrededor ó hizo en la sombra de la iglesia esta pregunta solemne:

—¿Quién es el que da esa mujer á ese hombre?

—Yo, dijo Gilliatt.

Hubo un momento de silencio. Ebenezer y Deruchette sintieron no sé qué vaga opresión en medio de su encanto.

El dean puso la mano derecha de Deruchette en la mano derecha de Ebenezer, y Ebenezer dijo á Deruchette:

—Deruchette, te tomo por mi mujer, y ya seas mejor ó peor, mas rica ó mas pobre, enferma ó sana, te tomo para amarte hasta la muerte y te doy mi fe.

El dean puso la mano derecha de Ebenezer en la mano derecha de Deruchette, y Deruchette dijo á Ebenezer:

—Ebenezer, te tomo por mi marido, y ya seas mejor ó peor, mas rico ó mas pobre, estés enfermo ó estés sano, te tomo para amarte y obedecerte hasta la muerte, y te doy mi fe.

El dean repuso:

—¿Dónde está el anillo?

El anillo era lo imprevisto. Ebenezer, cogido improvisadamente, no tenía anillo.

Gilliatt se quitó la sortija de oro que llevaba en el dedo meñique, y la presentó al dean. Era probablemente el anillo «nupcial» comprado por la mañana al joyero de Commercial-Arcade,

El dean puso el anillo sobre el libro, y luego se lo entregó á Ebenezer. Este cogió la mano izquierda temblorosa de Deruchette, puso el anillo en su dedo anular, y dijo:

—Te ato con este anillo.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, dijo el dean.

—Que así sea, dijo el evangelista.

El dean levantó la voz:

—Oremos.

Ebenezer y Deruchette se volvieron hácia la mesa y se pusieron de rodillas.

Gilliatt, que permaneció en pie, bajó la cabeza.

Ellos se prosternaban delante de Dios, él se doblaba bajo el peso del destino.

IV.

PARA TU MUJER, CUANDO TE CASES.

Al salir de la iglesia, vieron al *Cashmere* que empezaba á aparejar.

—Llegais á tiempo, dijo Gilliatt.

Volvieron á tomar la senda del Havelet.

Ellos iban delante, y Gilliatt seguía detrás.

Ellos eran dos sonnámulos. No habian en cierto modo hecho mas que variar de extravío. No sabian ni dónde estaban, ni lo que hacian; avanzaban maquinalmente, no se acordaban ya de la existencia de nada, se sentian el uno del otro, y no podian enlazar dos ideas. No se piensa en el éstasis como no se nada en el torrente. De en medio de

las tinieblas, se habian precipitado bruscamente á un Niágara de alegría. Pudiérase decir que experimentaban la felicidad del paraiso. No se hablaban, porque demasiadas cosas se decian con el alma. Deruchette apretaba contra su pecho el brazo de Ebenezer.

De cuando en cuando el paso de Gilliatt detrás de ellos les recordaba que él estaba allí. Estaban profundamente conmovidos, pero sin decir una palabra; el exceso de conmocion se resuelve en estupor. La suya era deliciosa, pero abrumadora. Estaban casados. Aplazaban; volverian á ver á Gilliatt; lo que éste hacia estaba bien hecho, hé aquí todo. En el fondo de sus corazones le daban las gracias ardorosa y vagamente. Deruchette se decia que ella tenia algo que desenredar, pero que lo desenredaria mas adelante. Entre tanto, aceptaban. Se sentian á la discrecion de aquel hombre decisivo y súbito, el cual con su autoridad les imponia la bienaventuranza. Era imposible dirigirlle pregunta alguna ni entrar con él en conversacion. Se precipitaban á la vez sobre ellos demasiadas impresiones. Su ensimismamiento es perdonable.

Los hechos son á veces una granizada. Acribillan. Atontan. La brusquedad de los incidentes, cayendo sobre existencias habitualmente tranquilas, vuelve mas pronto ininteligibles los acontecimientos á aquellos á quienes hacen sufrir ó á los que de ellos se aprovechan. No comprenden su propia aventura. Se sienten aplastados sin adivinar cómo, ó coronados de dicha sin comprender de qué manera. Deruchette, en particular, habia en algunas ho-

ras recibido todas las conmociones; primero el deslumbramiento, Ebenezer en el jardin; despues la pesadilla, aquel monstruo declarado su marido; luego la desolacion, el ángel abriendo sus alas y próximo á partir; en seguida la alegría, una alegría inaudita, con un fondo indescifrable: el monstruo dándole el ángel, á ella, á Deruchette; el matrimonio brotando de la agonía; Gilliatt, la catástrofe de ayer, la salvacion de hoy. No se daba cuenta de nada. Era evidente que desde que amaneció, Gilliatt no habia tenido otra ocupacion que los preparativos de la boda; él lo habia hecho todo; habia respondido por mess Lethierry, visto al dean, pedido la licencia, firmado la declaracion requerida; hé aquí cómo pudo verificarse el matrimonio. Pero Deruchette no lo comprendia, y aunque hubiese comprendido el cómo, no habria comprendido el por qué.

Cerrar los ojos, dar gracias mentalmente, olvidar la tierra y la vida, dejarse llevar al cielo por aquel buen demonio, no habia otra cosa que hacer. Una aclaracion era demasiado larga, un agradecimiento era demasiado poco. Ella estaba en su dulce embrutecimiento de felicidad.

Les quedaba un poco de pensamiento, el suficiente para conducirse. Debajo del agua hay partes esponjosas que permanecen blancas. Tenian justa la cantidad de luz que se necesitaba para distinguir el mar de la tierra y el *Cashmere* de cualquier otro buque.

En algunos minutos llegaron á Havelet. Ebenezer entró el primero en la lancha, y en el momento de irle á seguir, percibió Deruchette la sensacion

de la manga de su corpiño tirada suavemente. Era Gilliatt que habia puesto un dedo en un pliegue de su vestido.

—Señora, dijo, vos no esperábais partir. He creído que podríais tener necesidad de algun traje y de alguna ropa blanca. A bordo del *Cashmere* encontrareis un cofre que contiene ropa de mujer. Es un cofre que procede de mi madre. Estaba destinado á la mujer que se casase conmigo. Permitidme ofrecéroslo.

Deruchette medio volvió en sí de su enagenación, y se volvió hácia Gilliatt, el cual, con voz tan baja que apenas se oía, continuó:

—No trato de retardar vuestro viaje, pero creo, señora, que es menester os dé algunas esplicaciones. El día que se supo la desgracia de la Duranda, estábais sentada en la sala baja, y dísteis una palabra. No la recordais ya, y es muy natural. Nadie está obligado á recordar todas las palabras que da. Mess Lethierry estaba profundamente afligido. Verdad es que el buque perdido era bueno, y prestaba servicios. Circuló la noticia del desastre que puso al país en conmocion. Cosas son estas que, naturalmente, se han olvidado. Es el único buque perdido en aquellos escollos, y no se ha de estar pensando siempre en un accidente. Solo que lo que yo queria decir es que, como se decia que nadie iria á salvar la máquina, yo fuí. Decian que era cosa imposible, ¡ay! otra era la cosa imposible. Os doy las gracias por haberme escuchado un instante. Comprendeis, señora, que si yo fuí allí, no pensé ofenderos. Además, la cosa viene de muy lejos. Sé que

teneis prisa. Si hubiese tiempo, hablaríamos, y recordáramos algo, pero son recuerdos que de nada sirven. La cosa se remonta á un día en que habia nieve. Y despues, una vez que pasé, me pareció que os habíais sonreído. Así se esplica todo. En cuanto á lo de ayer, yo no habia tenido tiempo de entrar en mi casa; salia del trabajo, estaba enteramente destrozado, os metí miedo, os sentísteis indispuesta; yo me conduje mal, no está bien presentarse á la gente como me presenté yo, os suplico que me perdoneis. Os he dicho casi todo lo que queria deciros. Vais á partir. Tendreis buen tiempo. El viento viene del Este. Adios, señora. No os parece mal que os diga algo, ¿no es verdad? no os hago perder mas que un minuto.

—Pienso en ese cofre, respondió Deruchette. ¿Por qué no lo conservais para vuestra esposa, cuando os caseis?

—Señora, dijo Gilliatt, yo no me casaré probablemente.

—Será de sentir, porque sois bueno. Gracias.

Y Deruchette se sonrió. Gilliatt le devolvió su sonrisa. Despues ayudó á Deruchette á entrar en la lancha.

No habia aun trascurrido un cuarto de hora, cuando la lancha en que estaban Ebenezer y Deruchette abordaba el *Cashmere* en bahía.